

española. "Claro está que cada momento que pasa se hace más difícil la solución de la cosa española, de modos tranquilos. Se van acumulando odios, venganzas, hambre... Son muchos los años de sufrimiento y de ansiedad". Hablaba con excitación, aunque con voz queda, de manera que la cantaleta que nos venía de afuera se confundía con sus aseveraciones.

"Yo me encontré con los españoles en Africa, Italia y Francia —dije— y todos estaban esperanzados en su próxima vuelta a España. Aguardaban el final de la guerra europea. Los vi peleando valientemente en suelo francés; lo hacían por Francia y por España".

Del Vayo escuchaba inclinado sobre la mesa. Nos dice. "No pierdo la esperanza en el pueblo español; ¿acaso no estuvieron los mexicanos sujetos a treinta años de tiranía bajo Porfirio Díaz? ¿Qué ha acontecido después? El renacimiento de la vida mexicana. Eso espero de España. Llevamos ya diez años —que van siendo muchos— pero no considero que la cosa está perdida".

¿Qué posibilidades de restablecimiento de la República ve usted? —preguntó Morales. "Esa es la única solución. Quienes digan que el caos predominará en España porque la República se restablezca, no saben lo que hablan. Mucho de lo que acontecerá en España depende de las naciones de afuera: de los Estados Unidos y de Inglaterra".

Hubo un instante de pausa. Volvimos a encender otros cigarrillos. "¿Y qué hay de las diferencias entre los republicanos españoles en el exilio, señor del Vayo?" Nos responde prontamente: "Mire usted, en Italia se celebró una reunión de algunos diputados españoles. Allí los había de todas las denominaciones políticas; pero era una la idea: primero el regreso a España, después de una manera apropiada, la solución de los problemas nuestros. Pero lo importante es que allí, entre todos, no había una nota discordante. Lo que queríamos y estábamos en completo acuerdo era en el pronto retorno a España".

Nos trajeron vino seco rojo. Alvarez del Vayo nos incitaba a que tomáramos: "Por las noches soy abstemio" —nos declara. Y prosiguió: "Son diez años duros los que hemos pasado. Mucha de nuestra gente ha muerto; otros se han adaptado al destierro y viven bien. Hay quienes están muertos en vida: Fernando de los Ríos, por ejemplo. Don Fernando está mal, muy mal..."

Y de España pasamos a hablar de los laboristas británicos, de Bevin y de Laski, de quienes es amigo personal del Vayo. Y nos encomió a Cripps por su aguzada mente. Y

JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

de Francia nos habló esperanzadamente y del Pacto del Atlántico... bueno, de aquello estaba escribiendo un artículo para *The Nation*. "Los rusos temen más al Pacto del Atlántico que al Plan Marshall. Ven en él el establecimiento en forma jurídica de una cosa que existía sin haber llegado a tomar forma legal". "¿Y qué peligros hay de un nuevo conflicto, don Julio?" Se ajustó las gafas y respondió "Cuando Truman fué reelecto hubo una gran esperanza en todo el mundo. Eso se sintió en Europa claramente. Pero paulatinamente las cosas han ido declinando... Claro que la situación no es tan tensa como en la primavera pasada, pero no es muy halagüeña tampoco..."

Era ya cerca de la una de la mañana. La pareja embelesada todavía estaba en su rincón; habían llegado nuevos comensales. "En Hispanoamérica la situación da mucho que pensar... Deseo que se restablezca un gobierno democrático en Perú y en Venezuela, y en las otras naciones... ¡Hay que hacerlo!"

El San Remo ya iba quedando vacío. La frialdad aumentaba y decidimos marcharnos. Las ráfagas heladas apresuraron nuestra despedida en la calle. "Salúdeme a don Fernando Ortiz", me dijo ya retirándose.

Morales y yo rumiamos en el "subway" lo que había sido atisbos de una tertulia madrileña...

Roberto ESQUENAZI MAYO.

(Desde Nueva York, Marzo de 1949).

Las modas masculinas

Por Pedro BEROES

(En *El Nacional* de Caracas.
Octubre 19 del 48).

Muchos y muy variados comentarios —serios y circunspectos unos, ligeros y superficiales otros— se han hecho desde las columnas de la prensa diaria a propósito del progresivo retorno de las faldas largas.

Algunos comentaristas consideran el extemporáneo regreso de esa moda como la expresión viva y patente de un estado de conciencia social incompatible con los humanos imperativos de la hora presente. Otros, y éstos son los más, apenas se lamentan porque con ella quedará cancelada, al menos durante

el tiempo que dure la moda, la posibilidad de contemplar más o menos impunemente el magnífico espectáculo de las bellas y bien torneadas piernas femeninas que emergen a la manera de las columnas de los antiguos templos, de entre los vaporosos vuelos de la falda corta.

Pocos, sin embargo, se han detenido a considerar el secreto significado de las extravagantes modas masculinas de hoy. Cierto es, y bien cierto, que el traje no hace al monje. Pero, a pesar de todo, no podrá negarse que algo de la íntima personalidad del monje revela el tra-

je. Si el bisabuelo de alguno de nuestros petimetres criollos volviera a la vida por obra de magia o de encantamiento, y reparara en los pantalones anchos arriba y estrechos abajo y en los enormes sacos que ahora viste su descendiente, seguramente volvería a morir de indignación. Cuando menos imaginaría haber regresado en época de carnaval.

Las modas masculinas al uso muestran, lo mismo que las de ayer, nuestra absoluta falta de originalidad. Hoy imitamos indiscriminadamente, los modelos que nos vienen de Nueva York, como ayer imitamos, también indiscriminadamente, los que nos llegaban de Londres o de París. Alguna diferencia hay —sin embargo— en el fenómeno imitativo de hoy. Las modas imitadas de Londres o de París eran ciertamente extrañas, tan extrañas a nuestra mentalidad como las que hoy se importan de Nueva York. Pero, al menos aquellas tenían tradición de elegancia verdadera y estas de ahora carecen de toda tradición y de toda elegancia. El caballero vestido a la moda de Londres o de París iba bien vestido. El caballero que viste a la moda de Nueva York apenas va vestido. El buen gusto se ha sacrificado a la comodidad. Los colores extravagantes y chillones se prefieren ahora a los discretos o serios. El corte bien proporcionado ha desaparecido ante lo monstruoso e inverosímil. En el deseo de aparentar, el hombre moderno prefiere vestir de dos tonos sin reparar en las horas. Así se hace la ilusión de que sus guardarropa es muy extenso y variado.

Parece que los colores vivos como los que ahora se usan dan al hombre un aspecto exterior alegre. Lleva el hombre la procesión de su angustia por dentro y quiere aparentar alegría en la fachada. Pero, eso no pasa de ser una ingenuidad, o, a lo sumo, una tontería que tiene todas las características de una forma de evasión. Se siente incómodo, estrecho, en el mundo en que vive, tan lleno de contradicciones y de mezquindades de todos tipos, y entonces hace esfuerzos de imaginación para sentirse holgado siquiera sea dentro del traje que viste. El hombre siente toda su tragedia, pero no se atreve a confesarla porque tiene miedo de hacerlo. Si tuviera el valor de confesarse consigo mismo y de decirse toda la verdad de su vida real tendría que derribar de sus altares los viejos ídolos que hasta ahora